

EL IRIS DE PAZ

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA,

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD SERTORIANA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

En Huesca, trimestre.	0.75 pesetas.
Fuera de Huesca, idem.	1.00 »
En Cuba y Puerto Rico, idem.	2.00 »
Extranjero, idem.	2.50 »

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

En la Redacción y Administración, Cose-alto número 17, y en la calle de Cañellas número 13.
En Zaragoza, librería de Maynou, calle de las Bañuelas Pías, número 9.

La correspondencia se dirigirá á don Domingo Monreal. Huesca.

DOCTRINA ESPIRITISTA.

LA ORACIÓN.

La forma es nada, el pensamiento es todo. Rogad cada uno según vuestras convicciones y del modo que mas os conmueva; un pensamiento bueno vale más que numerosas palabras, en las que para nada está el corazón.

Los Espíritus del Señor no prescriben fórmulas absolutas para la oración; cuando dan alguna, es con el objeto de fijar las ideas y sobre todo para llamar la atención acerca ciertos principios de la doctrina espiritista. También lo hacen para ayudar á las personas que se confunden al emitir sus ideas porque hay muchos que no creerían haber rezado, si sus pensamientos no estuviesen formulados.

El Espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todos los cultos, cuando hablan con el corazón y no con la boca; no impone ni vitupera ninguna; Dios es muy grande para rechazar la voz que le implora y canta sus alabanzas, porque se liaga de un modo más que de otro. El que lanzase el anatema contra las oraciones que no estuviesen en su formulario, probaría que

desconoce la grandeza de Dios. Creer que Dios escucha solo una fórmula, es quererle atribuir la pequeñez y las pasiones de la humanidad.

Esta es la enseñanza del Espiritismo, que no confunde, como lo hacen los católicos, el rezo rutinario y de los labios con la verdadera plegaria que sale del corazón ó se manifiesta en buenas obras; que no ostensa el aparatoso lujo del culto eclesiástico; que mira al fondo y no á la forma; que rechaza las oraciones pagadas; que procura edificar y no deslumbrar ni ménos lucrar cual el culto y el sacerdocio católicos; y, en fin, que interpreta con pureza lo que el Evangelio prescribe respecto á la oración.

«Y cuando oreis, no seáis como los hipócritas, que aman al orar en pié en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos de los hombres: en verdad os digo recibieron su galardón:—Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que vé en lo secreto, te recompensará.»—«Y cuando oraréis, no habéis mucho, como los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos.»—«Pues no queráis asemejaros á ellos;

porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester antes que se lo pidais.» (*San Mateo, cap. VI, v. 5, 6, 7 y 8.*)

«Y cuando estuviéreis para orar, si teneis alguna cosa contra alguno, perdonadle: para que vuestro Padre que está en los cielos, os perdone tambien vuestros pecados.» (*San Marcos, capítulo XI, v. 25.*)

«Y oyéndolo, todo el pueblo, dijo á sus discipulos:—«Guardaos de los escribas, que quieren andar con ropas talaras y gustan de ser saludados en las plazas, y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los primeros asientos en los convites;—«Que devoran las casas de las viudas, pretextando larga oración. Estos recibirán mayor condenación» (*San Lucas, cap. XX, v. 45, 46 y 47.*)

«Pues si yo no entendié el valor de la voz, seré bárbaro para aquél á quien hablo: y el que habla, lo será para mí.» —«Porque si orare en una lengua, mi espíritu ora, mas mi mente queda sin fruto.»—«Mas si bendijeres con el Espíritu el que ocupa lugar del simple pueblo, ¿cómo dirá Amen, sobre tu bendición, puesto que no entiende lo que tú dices?»—«Verdad es que tú das bien las gracias, mas el otro no es edificado.» (*San Pablo, Epístola 1.^a á los Corint., cap. XIV, v. 11, 14, 16 y 17.*)

No puede darse mas explícita condenación de cómo entienden y practican la oración la mayor parte de los católicos, rezando en voz alta en los templos y por las calles en las procesiones, siendo despues del rezo tan intransigentes é inexorables como antes con sus enemigos, haciendo pagar sus oraciones los que llevan ropas talaras, hablando en una lengua que no entiende el pue-

blo y no sabe por tanto á lo que dice Amen, sin que pueda ser edificado con lo que se le habla en latín, y en una palabra, haciendo y diciendo todo lo contrario de lo que prescribe el Evangelio.

Volved á leer los versículos copiados, leed tambien la parábola del fariseo y del publicano que el evangelista Lucas relata en el capítulo XVIII; paraos luego á reflexionar sobre la forma y la lengua en que reza el romanismo, y el dinero que cuestan sus oraciones pagadas, y procurad despues armonizarlo con la sublime predicación de Jesús. No lo conseguireis, pero el sentido comun os dirá que la verdadera doctrina respecto á la oración, es la que enseña el Espiritismo, de acuerdo completo con la que exponen los Evangelios.

NOTABLE ARTÍCULO.

Antes de excomulgar al obispo de Jaen al periódico *El Linares*, por el artículo «A mi hijo,» que copiamos en uno de nuestros números anteriores, le dirigió dicho obispo una admonición, á la cual contestó el autor de aquél artículo con el siguiente, publicado en *Las Dominicales del Libre Pensamiento* que, reproducimos á pesar de su mucha extensión, suprimiendo hoy varias de nuestras secciones.

Tenemos la seguridad de que han de agradecerla nuestros lectores, cuya atención llamamos respecto al notable artículo comparándolo con el anatema del arzobispo de Sevilla que publicamos en nuestro número anterior. Véase cómo se expresan los ministros altas dignidades del catolicismo, y cómo se expresa el modesto periodista apóstol del libre pensamiento y defensor de los verdaderos intereses morales humanos y

las grandes aspiraciones de esta época en que son nota discordante, gran borrón y atentado á los principios que proclamó Jesús, esos anatemas, esas excomuniones, esas maldiciones, más impías aún que lo que dicen, porque se lanzan á nombre de una doctrina de amor, de paz y de fraternidad.

Hé aquí dicho artículo:

«AL SEÑOR OBISPO DE JAÉN»

El señor obispo de Jaén me ha herido en lo más hondo: ha supuesto que yo pudiera perturbar la conciencia de sus feligreses; ha creído condenable mi sencillo artículo *A mi hijo*. y yo que te amo, pueblo, con amor mayor que el del obispo, porque al fin eres mi hermano en la defensa de la libertad que odia la Iglesia; debo defenderme y llevar la tranquilidad á tu conciencia.

Dejé de tratar de un conato de secuestro de mi artículo hecho por la autoridad. El público ha podido ver en esta ocasión á un funcionario de la nación española, de ese Estado, que desde el siglo pasado, en pleno absolutismo, viene riñendo cruenta batalla contra la teocracia, ir mucho más allá en defensa de la religión, de lo que han ido los obispos. ¿Qué divais de mí si me vierais levantar la mano y abofetear con ella mi rostro!...

Y paso á la cuestión importante.

Tengo el deber, á trueque de hacerme intolerable por la extensión, de demostrarte oh pueblo! la fuerza de mis convicciones. No es la fe que siento arder en mi alma la del sectario musulmán, del católico, ó el protestante, no; es la fe transparente, elaborada mediante un trabajo de fuegos años, en el cual han tomado parte todas las potencias de mi alma: pensamiento, sentimiento, voluntad.

Fíjate bien en este punto. Rector! Mi fe es distinta de la católica. Esta contesta á todas tus dudas siempre de igual modo: «Cree.» Que es insoporable, la

dices, ver á un sacerdote lanzar hisopos contra las nubes desde lo alto de una torre, como se ve en Aragón los días de tormenta: «Cree.» te contesta. Que eso de los milagros, replicas, lo niega la naturaleza, inexorable en sus leyes: «Cree.» repite. Que lo del infierno, en que el hombre ha de padecer penas feroces y eternas, impropias de imponer á nosotros, que somos imperfectos, no se concibe en un Dios justo y piadoso: «Cree.» te vuelve á contestar.

Así, si quieres ser creyente católico, has de pasar por esta vida, llevando en tu alma una guerra sin tregua entre tus facultades más excelsas y la fe que te imponen. ¿Quién es aquí el perturbador? El que pretende perpetuar esa guerra, ó el que, en odio á ella, como a todas las demás, predica la armonía de la fe y la razón?

Déjame, pues, hablarte conforme á mi fe; déjame enseñarte el testimonio de lo que te diga, y no me creas si lo hallas erróneo al contrastarlo á la luz inefable de tu conciencia. Voy á mostrarte, como á través de transparente cristal, mi espíritu; voy á presentarte su génesis religiosa, para que puedas sondear sus raíces. ¿Cuántos de los que leáis estas líneas vais á decir: «es la mía propia!»

Nací bajo el cielo de España, y dicho está que fui católico apostólico romano, por ley fatal.

Creí. Hicé lo que todos: asistí á la iglesia desde muy niño, acompañado de mis padres. Veía allí á mis parientes, á los amigos de mi familia, á las personas más venerables, al pueblo entero. La iglesia era naturalmente su mejor edificio: la amplitud de la nave, el aroma del incienso; la armonía de los acordes del órgano, la pulcritud de los altares y de los fieles vestidos en traje de fiesta, el misterio de aquellos rezos que murmuraban los labios de mi madre, todo se elevaba por encima de lo vulgar, tenía algo de ideal, algo de místico que prendaba mi alma.

A los diez años era yo lo que se llama un ferviente católico. Mi ambición más grande, mi satisfacción suprema, hubiera sido entonces reunir en la plaza de mi pueblo á todos los ingleses, que habia oído decir eran empedernidos herejes, y hacer con ellos auto de fé, quemándolos en una hoguera. ¡Qué importaba martirizar á aquellos desdichados, que suponía yo cabrían perfectamente en la plaza de la villa, al lado de la felicidad de los católicos, que llenábamos el universo! ¡Su alma lo agradecería!

Pero llegó á balbucear mi razón, y entonces todo fué para mi enigma. ¿Qué sentido tenía lo que hacía el sacerdote diariamente en misa? ¿Por qué nos movíamos todos á la vez, como por resorte, hincándonos ó levantándonos? ¿Qué eficacia tenían aquellos rezos que hacíamos los niños llenos de hastío ó de sueño? ¿Para qué servían aquellas palabras que salían maquinalmente de nuestros labios, en oposición precisamente de lo que nuestros corazones sentían? Yo traslucía, más allá de todo aquello, algo que pugnaba contra mi natural razón. Pregunté á mis maestros, á mis padres, á mis parientes; unos me contestaron lealmente que lo ignoraban; otros, que mi corta inteligencia no estaba al alcance de aquellas cosas.

Al fin llegó el día anhelado, al fin vi en mis manos los Evangelios, esto es, los libros que contienen la palabra misma del Cristo, relatada por sus fieles discípulos. El misterio iba á descifrarse; el velo que cubría mis ojos iba á descorrerse. No leí, devoré los Evangelios.

Aquella lectura fué un nuevo mundo para mí. Sorpresa, entusiasmo, admiración, alegría, compasión, amor, todos los sentimientos más puros que abriga el alma, se desplegaron en la mía á medida que mis ojos recorrían anhelantes las páginas del Evangelio. Yo veía allí un sér de espíritu sublime que, herido por la injusticia que le rogaba, indignado contra un estado so-

cial en que el pobre era explotado por el rico, explotación auxiliada por una iglesia, falta totalmente de espíritu, protestó con sublimes palabras de aquella infamia, apelando el gran Dios, que llamó su padre metafóricamente, como hoy lo llamamos, y arrojó el estigma de su reprobación contra aquella sociedad y aquella iglesia. Yo me imaginé entonces al Cristo como un hombre sencillo, que, viviendo en una ciudad como Madrid, donde se ven arrastrar trenes soberbios á gentes inútiles, perdiendo su alma é insultando la miseria de mil desgraciados que no tienen pan que llevarse á la boca, no pudiendo resistir tal infamia, retiróse al campo, se rodeó de pescadores, obreiros, llagados, portadores, mujeres y niños, y allí, ante aquellos seres desdichados, explicó su doctrina de amor.

Leed los Evangelios, y decidme si esto no es verdad; decidme si no es éste el público que rodeaba á Jesús. El Cristo fué, no se puede dudar al leer los Evangelios, lo que hoy se llama un socialista furibundo. No hay socialista que pinte la infamia de las desigualdades sociales, con el fuego que él las expresó en aquel célebre aforismo de que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.

Yo no tengo duda de ello; si Cristo viviera hoy y anduviera predicando por las afueras de la puerta de Toledo, entre mendigos y haraposos su pura doctrina, sería calificado por la gente elevada que va á darse golpes de pecho á las iglesias, de hez del pueblo y canalla, y aún, si pudieran nuevamente, le crucificarían.

Sea de ello lo que quiera, de mi parte puedo decir que al leer aquellas letras empapadas de espíritu, al absorber la dulzura, piedad y amor humano que rebosan en el Evangelio; al sentir el desbordamiento de aquella sublime elocuencia que no cabía en las palabras, presa de entusiasmo, con novido de emoción, en éxtasis purísimo, caí

más de una vez de rodillas sobre el suelo, elevé mis manos al cielo, é inundando mi rostro en lágrimas, le adoré.

¡Hasta entonces no había orado jamás! ¡Solo había hecho pantomimas de oración ante ídolos!

Pero cuanto yo buscaba: lo que me había aguijado á tomar los Evangelios, no estaba allí. Nada se hablaba de misa, ni de ritos, ni de genuflexiones; al contrario, todo el Evangelio es una protesta viva contra las vanas fórmulas. El Cristo trizó contra esos hipócritas que van á los templos á darse golpes de pecho.

Mis dudas subsistían, pues; pero á la vez sentí en mi alma un grito de indignación contra la Iglesia católica. ¡Cómo! me dije á mi mismo: ¿se me ha privado por tanto tiempo de leer esta palabra divina, que tanto bien me hace, y se me ha obligado, en cambio á doblar la rodilla ante imágenes y á emplear fórmulas de que los Evangelios no hablan, y que ante toda sana interpretación condenan enérgicamente? ¿Hay aquí algún fin oculto? ¿Hay alguna superstición?

Abrí entonces la historia. Ella me dió la clave de todo.

No era verdad que lo llenáramos todo los católicos; éramos en el mundo, al contrario, una minoría. Religiones varias estaban extendidas por el globo, y, dentro de la cristiana, había diferentes comuniones ó iglesias. Estas iglesias, celosas de sostener su independencia, al modo que actualmente vemos que hacen los hombres políticos con las fracciones á que están afiliados, habían adoptado su símbolo ó profesión de fé. El catolicismo tenía su dogma, que se había separado más que todos del Evangelio.

Sostenía una jerarquía de autoridades del Papa al simple clérigo, contraria á la igualdad del Evangelio; sostenía la soberanía temporal, contraria también al Evangelio, donde se dice que á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, vendia escandalosamente indulgencias para alcanzar la

vida eterna, á cambio de dinero para construir obras de arte en Roma; era, en suma y para no cansar, el catolicismo una verdadera antítesis del espíritu del Evangelio.

Estaba, pues planteado un dilema terrible: ó moría el Catolicismo, ó el Evangelio. La Iglesia no dudó; optó por la muerte del Evangelio.

El Evangelio fué proscrito. Y no solo él, sino todo libro sagrado. ¡Ay del que osara traducirlos al lenguaje vulgar! El candoroso Fr. Luis de León sufrió 5 años de calabozo en la Inquisición por haberlo intentado. Resultó, pues, que el catolicismo nos vedó á los españoles de gozar de la palabra divina: sequestró á Dios.

¡No comprendió esa institución temerosa que la superstición no puede subsistir, que debe ser vencida por la divina verdad, y que debía llegar el día en que le arrojásemos el baldón sobre la frente! ¡Yo, el último de los encañados, se lo arrojé en nombre de los siglos!

Pero quiero decir algunas cosas más de las que me ha enseñado la Historia. Creía yo que los católicos, sobre llenar el universo, éramos los mejores. Pues bien: al dirigir mis miradas por el mundo, he visto que las naciones más morales, más ilustradas, más útiles, de costumbres más puras, son precisamente las no católicas. Ahí están Inglaterra, Alemania, Holanda, que no me desmentirán. En cambio, las naciones más católicas, Francia, Italia y España: viven en perpétua alarma. Ahora mismo estais viendo en Francia cómo el clero atiza desde el púlpito la tea de las discordias civiles, aunque, por fortuna, es impotente para conseguirlo. Ahí teneis á Italia, que sólo ha llegado á ser nación de primer orden el día en que ha abatido á la teocracia y asentado el Estado sobre el Capitolio. Aquí estamos nosotros, nación heróica y caballeresca, que antes que pueblo alguno de Europa conquistó su unidad: que salimos de la edad Media, como Minerva de la ca-

beza de Júpiter, con entendimiento y brazos, armados de todas armas; y hemos venido á quedar, por nuestro feróz catolicismo, por nuestro enpeño en ser los Quijotes de las iras sacerdotales, relegados á nación secundaria, sufriendo los desprecios y hasta las invasiones de potencias extranjeras. Y que las naciones protestantes son las que guían hoy al mundo, son las de valor superior, no lo digo yo, lo dice el Papa mismo, que ahora, á vuestra vista, conspirando contra su patria, como un día lo hiciera Fernando VII al pedir la protección de Napoleon, anda en tratos vergonzosos con el canciller de Prusia, protestante, para que le ayude á destruir la unidad de Italia.

He querido sentar de un modo concluyente que las naciones protestantes marchan hoy á la cabeza de la civilización; esto es, que son las que producen más bienes en todas las relaciones de la vida: en la ciencia, la industria, el arte, etcétera, debiendo advertir, empero, que no trató de menospreciar á Francia, que ya se que está en sus altas capas al nivel, cuando menos, de las primeras; pero esto arguye *contra la Iglesia*, que ha anatematizado la Revolución, á la que aquel pueblo debe todos sus progresos.

Debo añadir como paréntesis para que no me tomeis por protestante, que si el potestantismo fué un progreso en su tiempo como lo patentizan los hechos hoy fuera un retroceso; y no hay visos; por fortuna, de que en España tengamos que pasar por esa media tinta para llegar á la religión de la Razón, á que marchamos á pasos agigantados todos los pueblos.

Ahora medita ¡oh pueblo! sobre las consecuencias de las doctrinas que te han enseñado. Esas naciones, que son las primeras, están destinadas, según la pura doctrina católica, á sufrir las horribles penas del infierno; esto es, que Dios va á pagar su superioridad reconocida, imponiéndoles las penas más atroces que puede concebir una fanta-

sía desbordada; y en cambio, los más indolentes, los que lo esperamos todo de la lotería, los que tenemos el corazón sañudo y que gozamos con espectáculos en que se martiriza cruelmente á seres indefensos, nosotros iremos á la gloria. ¿Qué Dios es ése, mas injusto que los hombres?

¡Schiller, Kant, Rousseau, Byron, Herder, esos genios que moran en la cima del pensamiento y del arte, ante quienes todo espíritu elevado, sea católico ó protestante, judío ó libre-pensador, se inclina con veneración, condenados al fuego eterno; y aquel clérigo, discípulo mio en la escuela, que siempre fué el más torpe, ir á la gloria! ¡Dios mio, llévame al infierno donde estén Goethe y don Fernando de Castro, que abjuró del catolicismo noblemente antes de morir, que no quiere ir con el clérigo Rufo á su gloria!

Siento, público, haber abusado de tu paciencia; pero estaba obligado á enseñarte mi alma. Contra las amenazas de anatemia de un hombre á quien el tiempo ha investido de un fuerte poder social, estoy obligado á oponer la sinceridad de mi conciencia honrada.

Yo quería hacerte ver que lo que mi pluma ha estampado no es reflejo de la impresión de un instante; es el producto de una elaboración trabajosa, difícil, temible, que no todos tienen fuerza de voluntad para llevar á término.

Ahora bien, tengo hijos en quienes se miran mis ojos. ¿Podría yo abandonarlos á sufrir la horrible prueba por que yo he tenido que pasar? ¿No hubiera sido un infame?

He aquí explicado el artículo *A mi hijo*, cuyo éxito conocéis. El nos ha revelado, si no hubiera otras manifestaciones anteriores y simultáneas, que somos muchos miles de españoles los que comulgamos en el mismo espíritu de oposición viva y terminante al catolicismo. Y yo no tengo duda de ello: somos fanáticos los españoles, porque somos firmes de voluntad; pero en cuanto la luz se esparza, y sobre todo, cuan-

do el caballeroso pueblo español se haga cargo de la superchería de que ha sido víctima por espacio de siglos. protestará con vehemencia contra el catolicismo, como protesta contra la Inquisición.

En todos estos juicios puedo equivocarme; pero apelo á tí, padre de familia, para que declares si yo pudiera predicar á mi hijo doctrinas perversas. No apelo al señor Obispo de Jaén, porque él no entiende de estas cosas. Por uno de esos decretos de su iglesia, que en vano vuscareis en los Evangelios, y contra el que han protestado varones eminentes de la iglesia misma, está privado de los mas dulces y puros afectos que ha derramado el buen Dios en el seno de la Humanidad. No conoce lo que es ese amor puro de los esposos, santificado por el matrimonio, que puede ostentarse con orgullo ante el mundo. No ha recibido las caricias de las mañecitas de ese hijo de nuestro amor, que, sentado sobre nuestras rodillas, apura el tesoro de sus gracias para robar de nuestros labios un beso.

El señor obispo no sabe nada de estas cosas; y no puede apreciar, como vosotros, la verdad de que «el consejo de un padre á su hijo no puede ser perverso.»

Lo repito: puedo estar equivocado; bien sé que soy falible. Y así como me resistiré con todas mis fuerzas contra las autoritarias apreciaciones del señor obispo á sus fieles sobre lo pernicioso ó no de mis doctrinas, así le oiría con atención, con respeto, si hablase á mi corazón y me demostrase que estoy equivocado. ¿Quién sabe si lo lograría, que al fin el debe ser un anciano respetable, inspirado por el Espíritu Santo, y yo soy todavía no viejo y flaco de entendimiento!

En este terreno hubiera querido yo ver al señor obispo de Jaén. De estar en su lugar, hubiera procedido de otro modo. Viendo que por todas partes se levantan enemigos contra el catolicismo, hubiera puesto en movimiento á

mis huestes; hubiera dicho á mis sacerdotes: «Basta ya el considerar como único deber el decir misa durante un cuarto de hora: mirad á vuestro lado, y vereis al desdichado obrero trabajar diez horas por ganar un jornal miserable; vereis al ingeniero, al juez, al escritor, que no emplean muchas menos en aplicar sus fórmulas, sus leyes y sus principios; sois una nota discordante en la sociedad que nos rodea: que esto acabe. Id por todas partes predicando la Buena Nueva; demostrad: tan claro como la luz, que las doctrinas de nuestros adversarios son la muerte, y las nuestras la vida: sois las personas más cultas, de espíritu más elevado, como que representáis á Dios y recibis todos los días su espíritu en la harina amasada; nadie podrá contrarrestar vuestro empuje. ¡Maldición sobre aquél de cuyos labios salgan palabras de odio! Jesús amaba á sus enemigos. Llevaos como Él, sus fieles al campo, y allí, bajo el cielo puro, entre el ambiente embalsamado de flores y plantas, explicad en lenguaje sencillo, que lo puedan entender las mismas aves, la religión del amor.»

No aconsejo al señor obispo ninguna herejía: ¿qué hizo el Maestro, qué hizo Cristo? ¿Para lo que hacen hoy llevan el nombre de curas?

Hacer otra cosa, preparar anatemas, es camino de perdición: sólo los necios creen ya esas cosas, y Dios les tiene vedado, por decreto eterno, el gobierno del mundo.

Las candorosas mujeres, los imberbes, los sacristanes, son los únicos que se ocupan ya de esas simplezas. ¿Creéis que nos váis á arrancar el poder de la mano con esa hueste?

¿Á qué conduce, pues, hoy vuestra presunta excomunión? Suponed que hubiera el señor obispo de Jaén excomulgado á los suscritores de *El Língües*: ¿qué hubiera sucedido? ¿Puede presumir que habría de intimidar á los valientes suscritores de éste periódico? No; tiene seguridad, al contrario, de

que sería eso un atractivo para leerlo con más gusto. Pero es indudable; y o con los ojos y con el oído, que llevaría la guerra al seno de alguna familia. Más de una sencilla y crehula esposa soñaría con ver volando por los aires á su marido al impulso de las aspersiones de un hisopo del señor obispo, hechas al compás de ciertos moranillos sacramentales. Y ¿quién es bastante cruel para hacer sufrir á esas almas candorosas y llevar la desolación al seno de las familias? ¡Ah! nó, señor obispo: tened compasión de esas desgraciadas, en nombre del amoroso Cristo!

Si no encontráis razones que alegar, callaos. No valé que pongáis cera en los oídos: ¡la trompeta final ha tocado para vosotros, y su sonido penetrará por todos los oídos y despertará á todos los muertos!

Acordáos del bello cuadro de san Esteban de nuestro Juan de Juanes, que está en el Museo Nacional. Los sacerdotes judíos le rodean, lanzando llamaradas por los ojos y teniendo pintados en sus rostros todos los horrores de la furia; con sus manos convulsas se tapan los oídos, no pudiendo resistir la verdad que sale por los labios del mártir. Esteban, con dulcísimo semblante, clava sus ojos en el cielo é invoca al Dios de la verdad, apelando á Él contra la falsa ley escrita, que intentan eternizar los sacerdotes. ¿Qué les valió a esos miserables el taparse los oídos?

Lo mismo valdrá hoy.

Cesen, pues, vuestras furias. La edad sacerdotal ha pasado. Mirémonos como hermanos, como hijos del mismo padre, el autor potente del universo, llámenle Dios, Naturaleza, Razón, Trinidad. Alá, como se quiera; y si discutimos sobre ello, hagámoslo con la templanza y con el respeto de verdaderos hermanos.

¿Optáis por otra cosa? No os habré de seguir yo ciertamente por ese camino. Contestaré á vuestro odio con amor, á vuestros insultos con razones; y toda-

via diré á nuestro Padre que está en los cielos, como el Cristo: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.»

Demófilo.

MISCELÁNEA.

Han visitado nuestra Redacción los élegas espiritistas y libre-pensadores:

El Criterio Espiritista, de Madrid; *La Revista de Estudios Psicológicos*, de Barcelona; *La Revelación*, de Alicante; *El Buen Sentido*, de Lérida; *La Solución*, de Gerona; *La Luz del Cristianismo*, de Alcalá la Real; *La Constancia*, *La Fraternidad* y *El Espiritista*, de Buenos-Aires; *La Caridad*, de Santa Cruz de Tenerife; *La Luz de los Espacios*, de Habana; *El Universo*, de Puerto-Rico, Utuonido; *O Reformador*, Brasil, Rio-Janeiro; *La Lucha* y *El Hispalense*, de Sevilla; *La Gaceta Orizabense*, de Orizaba; *El Clarín*, *La Montaña*, *Los Dominicales del Libre Pensamiento*, *El Correo de España* y *La Higiene*, de Madrid; *El Boletín del colegio politécnico* de Cartagena; *El Cabe*, de Monforte de Lemos; *La Enseñanza Lúida* y *La Tronada*, de Barcelona; *Los Desheredados*, de Sabadell; *La Unión Obrera*, de Palma; *Eco de la Montaña*, de Manresa; *El Pacto Aragonés*, de Zaragoza.

A todos ellos enviamos el más cordial saludo, y aceptamos gustosísimos el cambio.

También hemos recibido el *Reglamento de la asociación de Libre-pensadores de Zaragoza*. La falta de espacio nos priva ocuparnos de él hoy cual debiéramos.

Huesca.—Imp. manual de EL IRIS.